

LOS DIEZ PRINCIPALES SÍNTOMAS DE LA ESPIRITUALIDAD EMOCIONALMENTE ENFERMA.

Extraído del Libro: "Espiritualidad emocionalmente sana".

Autor: Peter Scazzero

Cómo diagnosticar el problema

Uno de los miembros de nuestra iglesia, hace poco compartió conmigo lo siguiente: «*Fui cristiano durante veintidós años. Pero en vez de ser un cristiano de veintidós años, era veintidós veces un cristiano de un año. Seguía haciendo las mismas cosas una y otra vez.*»

Ángela, al explicar por qué no había asistido a la iglesia durante más de cinco años, me preguntó en privado: «*¿Por qué tantos cristianos son seres humanos tan malos?*»

Ron, el hermano de un miembro de un pequeño grupo que se reúne en nuestra casa, se rió al escuchar el título de este libro: «*¿Espiritualidad emocionalmente sana? ¿No es contradictorio?*»

Nuestro problema gira alrededor de verdades bíblicas usadas indebidamente que no solo dañan nuestras relaciones más cercanas, sino que además obstruyen el trabajo de Dios en el sentido de transformarnos profundamente debajo del iceberg de nuestra vida.

Los diez principales síntomas de la espiritualidad emocionalmente enferma.

Los siguientes son los diez principales síntomas que indican que alguien sufre de un caso grave de espiritualidad emocionalmente *enferma*.

- 1 Usar a Dios para huir de Dios
- 2 No hacer caso a los sentimientos de ira, tristeza y miedo
- 3 Ceder a las cosas malas
- 4 Negar el impacto que el pasado tiene en el presente
- 5 Dividir nuestra vida en «laica» y «sagrada»
- 6 Hacer para Dios en vez de estar con Dios
- 7 Excluir el conflicto de la espiritualidad
- 8 Disimular la angustia, la debilidad y el fracaso
- 9 Vivir sin límites
- 10 Juzgar el viaje espiritual de otras personas

1-USAR A DIOS PARA HUIR DE DIOS

Pocos virus asesinos son tan difíciles de discernir como este. Aparentemente asumimos responsabilidades cristianas dentro y fuera del hogar porque invertimos muchas horas en la lectura de libros, asistimos a seminarios, tomamos más tiempo de oración y leemos la Biblia. Es decir, en la superficie todo parece estar funcionando perfectamente bien, pero no es así.

Muchas veces inconscientemente utilizamos estas actividades cristianas para huir del sufrimiento.

En mi caso particular, cuando usé a Dios para escapar precisamente de él, inventé una gran cantidad de «actividades de Dios» e ignoré áreas problemáticas de mi vida que Dios quería

transformar.

Algunos ejemplos:

- Cuando hice el trabajo de Dios para satisfacerme a mí mismo, y no a él.
- Cuando hice cosas que él nunca me pidió que hiciera en su nombre.
- Cuando mis oraciones en realidad eran para que Dios hiciera mi voluntad, y no para yo entregarme a la suya.
- Cuando demostré «conductas cristianas» para que personas importantes pensaran bien de mí.
- Cuando me concentré en ciertos puntos teológicos («Pero todo debe hacerse de una manera apropiada y con orden» I Corintios 14:40) que tenían más que ver con mis propios miedos y asuntos sin resolver, que con mi preocupación por Dios.
- Cuando usé su verdad para juzgar y menospreciar a otros.
- Cuando exageré mi cumplimiento con Dios para competir sutilmente con otros.
- Cuando declaré, «el Señor me dijo que debo hacer esto», cuando la verdad era, «creo que el Señor me dijo que haga esto»
- Cuando usé las Escrituras para justificar los aspectos pecaminosos de mi familia, mi cultura y mi nación en vez de evaluarlas bajo su Señorío.
- Cuando me escondí detrás de la charla de Dios, desviando la atención de mis grietas interiores y poniéndome a la defensiva de mis fracasos
- Cuando me remitía de forma selectiva a verdades bíblicas que me venían bien para mis propósitos, pero evitaba otras situaciones en las que era necesario que hiciera cambios de vida significativos.

¿Quieres un ejemplo? John utiliza a Dios para validar sus firmes opiniones sobre asuntos tan variados que van desde el largo apropiado de las faldas que las mujeres usan en la iglesia, los candidatos políticos, los roles de género, hasta su incapacidad de tratar asuntos con directores no cristianos que son sus compañeros de trabajo. No escucha ni presta atención a las innumerables suposiciones que hace acerca de otras personas. Saca conclusiones precipitadas y como consecuencia, sus amigos, su familia y sus colegas lo encuentran altivo y poco fiable. John entonces se convence de que está haciendo el trabajo de Dios utilizando indebidamente versículos que escoge de las Escrituras. «Por supuesto que esa persona me odia», dice a manera de ejemplo. Y agrega: «Todos los que quieren ser santos sufrirán persecución». En el fondo, sin embargo, está usando a Dios para huir de Dios.

2. IGNORAR A LOS SENTIMIENTOS DE IRA, TRISTEZA Y MIEDO

Muchos de los cristianos creemos sinceramente que la ira, la tristeza y el miedo son pecados que se deben evitar, porque son indicadores de que algo anda mal en nuestra vida espiritual. La ira es peligrosa para mí y para los otros. La tristeza indica falta de fe en las promesas de Dios. La depresión sin duda revela una vida que está fuera de la voluntad de Dios. Y en cuanto al miedo, la Biblia está llena de órdenes que señalan que «no se inquieten por nada» y «no temas» (véase Filipenses 4:6 e Isaías 41:10).

¿Entonces, qué hacemos? Generalmente, intentamos llenarnos de falsa confianza para que esos sentimientos desaparezcan. Por lo tanto, citamos las Escrituras, oramos las Escrituras y las memorizamos para evitar que esos sentimientos nos abrumen.

Al igual que a muchos cristianos, me enseñaron que casi ningún sentimiento es confiable ni estable. Como van y vienen, son lo último a lo que debemos prestar atención en nuestra vida espiritual. Si bien es cierto que algunos cristianos siguen al extremo sus sentimientos de una manera enferma y contraria a la Biblia, es más común encontrar cristianos que creen que no tienen permiso para reconocer sus sentimientos o expresarlos abiertamente. Esto se aplica especialmente a los sentimientos más complicados de miedo, tristeza, vergüenza, ira, ofensa y sufrimiento.

¿Pero cómo puedo escuchar lo que Dios me dice y evaluar qué sucede dentro de los hombres si estoy tan preso?

Como seres humanos tenemos sentimientos. El hecho de querer minimizarlos o negarlos, significa distorsionar lo que implica ser portadores de la imagen de nuestro Dios. En la medida en que no podamos expresar nuestras emociones, seguimos siendo incapaces de amar a Dios, a los otros, y a nosotros mismos. Como vimos en el capítulo anterior, nuestros sentimientos son además un componente de lo que significa estar hecho a la imagen de Dios. Excluirlos de nuestra espiritualidad es cortar una parte de nuestra humanidad.

Para sostener lo que erróneamente creía a cerca de Dios y de mis sentimientos apliqué mal el famoso ejemplo que sigue: '

La manera en que pensaba que mi vida espiritual debía recorrer el camino, comenzaba con el motor del tren, en el cual el maquinista era el *hecho*, es decir, lo que Dios establece en las Escrituras. Por ejemplo, si estaba enojado era necesario que empezara cuestionándome lo siguiente: «¿Pete, por qué estás enojado? Así que esta persona te mintió y te engañó. Dios está en el trono. Sin embargo, a Jesús también le mintieron y le engañaron. Deja la ira». Luego de reflexionar acerca de la verdad de Dios, consideré mi fe como el resultado de mi voluntad. Entonces, ¿elegí ubicar mi fe en la Palabra de Dios O seguí mis sentimientos e inclinaciones «carnales», que no eran de confiar?

Al final de este tren imaginario, estaba el último vagón representado por mis sentimientos. «Pete, bajo ninguna circunstancia confíes en tus sentimientos. El corazón es pecador y muy malvado. ¿Quién puede entenderlo? (véase Jeremías 17:9). Esto solo hará que te pierdas en el pecado».

Consideradas en su totalidad, las implicaciones prácticas de un sistema de creencia limitado y tan desequilibrado, como veremos más adelante, son enormes. Esto trae un menosprecio y una represión del aspecto emocional de nuestra humanidad que también está hecha a la imagen de Dios. Lamentablemente, algunas de nuestras creencias y esperanzas cristianas de hoy, como escribió Thomas Merton, «simplemente han aliviado nuestra humanidad, en lugar de liberarla para que se desarrolle de manera rica en todas sus capacidades, bajo la influencia de la gracia».2

3. RENUNCIAR A LAS COSAS MALAS

Muchos siglos atrás, Iraneo dijo: «La Gloria de Dios es un ser humano completamente vivo». Por su parte Jesús expresó: «Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz cada día y me siga» (Lucas 9:23). Pero cuando aplicamos este versículo al pie de la letra, sin remitirnos al resto de las Escrituras, resulta todo lo contrario a lo que Jesús pensaba. El resultado es una teología limitada y defectuosa que dice: «Cuanto más desdichado eres, más sufres, más te ama Dios. No hagas caso de tu individualismo único, no tiene lugar en el reino de Dios».

Debemos renunciar a nuestro lado pecaminoso -como la actitud defensiva, la indiferencia hacia los otros, la arrogancia, la obstinación, la hipocresía, la crítica, la falta de vulnerabilidad-, como también a los pecados más obvios que describen la Escrituras: no mates, no robes, no des falso testimonio y habla con la verdad (véase Éxodo 20:13-16 y Efesios 4:25).

Dios no nos pide que abandonemos nuestro lado «bueno», porque nunca nos ordenó que renunciemos a los deseos y placeres sanos de la vida como la amistad, la alegría, la música, la belleza, la recreación, la risa y la naturaleza. Dios coloca deseos en nuestros corazones para que los alimentemos día a día y muy frecuentemente estos deseos y pasiones son verdaderas invitaciones de Dios, regalos de él. Y de algún modo, nos sentimos culpables de desenvolverlos.

Cuando pregunto a las personas, «díganme cuáles son sus deseos, sus esperanzas y sus sueños», a menudo se quedan callados. Otros en cambio responden: «¿Por qué nos pregunta? ¿No se supone que el único deseo, única esperanza y único sueño deben ser servir a Jesús?» No exactamente. Cuando nos convertimos en cristianos, no nos volvemos «personas inexistentes, sino todo lo contrario. La verdadera intención de Dios es que nuestro ser más profundo y verdadero que él creó, alcance libremente su plenitud mientras lo seguimos. Dios nos ha dotado a cada uno de nosotros de ciertas cualidades especiales que lo reflejan y lo expresan a él de una manera única. Parte del proceso de santificación del Espíritu Santo consiste en quitarnos las ideas falsas acumuladas y dejar que emerja nuestro ser verdadero.

4. NEGAR EL IMPACTO QUE EL PASADO TIENE EN EL PRESENTE

Cuando llegamos a la fe en Jesucristo, ya sea como niños, adolescentes o adultos, nacemos de nuevo según el lenguaje contundente de la Biblia (véase Juan 3:3). El apóstol Pablo lo describe de la siguiente manera: «¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!» (2 Corintios 5:17).

Pero estos dos versículos y sus significados a veces se interpretan mal. Cuando llegamos a Jesús, realmente se quitan nuestros pecados porque recibimos un nombre, una identidad, un futuro y una vida nueva.

Eso representa un verdadero milagro. Se nos declara honrados ante Dios a través de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús (véase Filipenses 3:9-10). El Dios eterno y bendito ya no es más nuestro juez sino nuestro padre. Estas son las buenas nuevas del evangelio.

Es necesario que comprendamos que esto no significa que lo que nuestra vida fue en el pasado dejará de influenciar de diferentes maneras. Por años creí erróneamente que porque había aceptado a Jesús mi antigua vida ya no estaba dentro de mí.

Antes de conocer a Jesús mi pasado era penoso. No quería mirar atrás e intentaba olvidarlo todo. Claro, la vida era mucho mejor ahora que Jesús estaba conmigo e ingenuamente pensaba que era libre.

Después de nueve años de matrimonio, mi esposa Geri lo sabía. Nunca olvidaré la primera vez que hicimos un diagrama que representaba algunas de las conductas de nuestras familias. El consejero que teníamos en ese entonces estuvo alrededor de una hora haciendo preguntas sobre la interacción entre los miembros de nuestras respectivas familias. Nos hizo anotar dos o tres calificativos para describir la relación nuestros padres.

Cuando el consejero terminó, simplemente nos preguntó, «¿encuentran algo en común entre su matrimonio y el de sus padres?» Ambos nos quedamos mudos.

Éramos cristianos evangélicos comprometidos y estables. Lógicamente nuestras prioridades y elecciones de vida eran muy diferentes a las de nuestros padres. Sin embargo, debajo de la superficie, nuestro matrimonio se parecía mucho al de nuestros progenitores. Por ejemplo, la forma de manejar la ira, el conflicto, la vergüenza; la manera de definir el éxito, así como nuestro concepto acerca de la familia, los hijos, la recreación, el placer, la sexualidad, el sufrimiento y aun nuestra relación con los amigos; absolutamente todo esto lo habían formado nuestra familia de origen y nuestras culturas. Como consecuencia, ese día sentados en la oficina del consejero y muy avergonzados por la situación de nuestro matrimonio, aprendimos una lección que nunca olvidaremos: Aunque éramos cristianos comprometidos desde hacía casi veinte años, nuestro comportamiento reflejaba mucho más de nuestra familia de origen, que la forma que Dios tenía pensada para su nueva familia en Cristo.

El trabajo de crecer en Cristo (lo que los teólogos llaman *santificación*) no significa que no volvamos al pasado mientras nos apresuramos para recibir lo que Dios tiene preparado para nosotros. En realidad, sí es necesario que volvamos al pasado para liberarnos de las conductas enfermas y destructivas que nos impiden amarnos a nosotros mismo y a los otros, como es el verdadero propósito de Dios.

5. DIVIDIR NUESTRA VIDA EN «LAICA» Y «SAGRADA»

Los seres humanos tienen la extraña capacidad de vivir vidas compartimentadas y dobles. Frank va a la iglesia y le canta al amor de Dios. En su camino a casa sentencia a otro conductor a la pena de muerte. Para Frank el servicio del domingo es para Dios, pero el resto de la semana está dedicada al trabajo.

Jane le grita a su marido, retándolo por su falta de liderazgo espiritual con sus hijos. Frank se marcha indignado y con el orgullo por el piso. Ella se va convencida de haber luchado con valentía en nombre de Dios.

Ken tiene un tiempo establecido de oración con Dios todos los días antes de iniciar sus actividades. Sin embargo, durante el transcurso del día no tiene en cuenta la presencia de Dios en su trabajo, ni aun cuando regresa a su casa para estar con su esposa e hijos.

En la iglesia, Judith llora mientras canta canciones al amor y a la gracia de Dios, y constantemente se queja y culpa a otros por las dificultades y aflicciones en su vida. Es muy fácil proyectar el concepto de Dios en «actividades cristianas» alrededor de la iglesia y de nuestras disciplinas espirituales sin pensar en él en nuestro matrimonio, la educación de nuestros hijos, la inversión de nuestro dinero, nuestra recreación, o incluso en nuestra preparación para los exámenes. Según sondeos de opinión pública y de sociólogos, uno de los mayores escándalos de nuestros días es que «los cristianos evangélicos son tan propensos a adoptar estilos de vida hedonistas, materialistas, egocéntricos y sexualmente inmorales, como el mundo en general». Las estadísticas resultan devastadoras.

- Los miembros de la iglesia se divorcian de sus cónyuges con la misma frecuencia que lo hacen sus hermanos laicos.,---, Los miembros de la iglesia golpean a sus esposas con la misma asiduidad que lo hacen los laicos.

- Los patrones de distribución de los cristianos indican que estos son casi tan materialistas como los no cristianos.
- Los evangélicos son los más propensos a oponerse a los hermanos de otras razas.
- De los evangélicos con un «alto grado de compromiso», el veintiséis por ciento cree que el sexo prematrimonial es aceptable: mientras que el cuarenta y seis por ciento de los evangélicos con un «bajo grado de compromiso» también piensan que está bien.

Ron Sider, en su libro *The Scandal of the Evangelical Conscience*, resume perfectamente el grado de nuestra forma de pensar y actuar. "Ya sea que se trate de matrimonio y de sexualidad o de dinero y preocupación por los pobres, actualmente los evangélicos viven erróneamente; contrario a lo establecido en las Escrituras... Los datos sugieren que en muchas áreas cruciales, los evangélicos viven de manera no muy diferente a la de sus hermanos incrédulos».¹

Las consecuencias de estas actitudes son incalculables en nuestro testimonio de Jesús, no solo para nosotros, sino para el mundo que nos rodea; nos perdemos la alegría genuina de la vida que Jesús nos promete (véase Juan 15:11). Estamos tan ciegos que, mientras el mundo nos observa y da muestras de desaprobación, no somos capaces de visualizar la gran brecha existente entre nuestras palabras y nuestro proceder en la vida cotidiana.

6. HACER PARA DIOS EN VEZ DE ESTAR CON DIOS

Las grandes prioridades de nuestra cultura occidental son precisamente, producir y conseguir cosas. Orar y disfrutar la presencia de Dios por la simple razón de deleitarnos en él era un lujo y también me dijeron que tendríamos placer una vez que estuviéramos en el cielo. Pero, ahora había mucho que hacer porque las personas estaban perdidas y el mundo tenía grandes problemas. Lo importante era que Dios nos había confiado las buenas nuevas del evangelio.

La mayor parte de mi vida cristiana me había preguntado si los monjes eran realmente cristianos porque su estilo de vida parecía de evasión. Sin duda no estaban haciendo la voluntad de Dios. ¿Qué hacían para difundir el evangelio en un mundo que estaba muriendo sin Cristo? ¿Qué pasaba con todas las ovejas que estaban perdidas y sin pastor? ¿No sabían que son pocos los obreros? (véase Mateo 9:37).

Los mensajes eran claros:

- Trabajar mucho para Dios es una señal inconfundible de una espiritualidad cada vez mayor.
- Todo depende de ti. Y nunca habrás terminado mientras estés vivo en la tierra.
- Dios no puede hacer nada a menos que ores.
- Eres responsable de compartir a Cristo, en todo momento, con las personas a tu alrededor, o ellas irán al infierno.
- Las cosas se harán pedazos si no las cuidas y las mantienes unidas.

Entonces, ¿todas estas cosas son incorrectas? No, pero el *trabajo para* Dios que no se alimenta con una vida interior profunda *en* él, finalmente se contaminará de otras cosas, como el ego, el poder, la necesidad de aprobación de y hacia otros, las ideas equivocadas del éxito y la creencia errónea de que no podemos fracasar. Es decir, cuando trabajamos para Dios y debido a todas estas cosas, nuestra vivencia en el evangelio pierde su objetivo. Nos volvemos «obras humanas» y no «seres humanos». Nuestro sentido práctico de valoración gradualmente cambia del amor incondicional de Dios hacia nosotros en Cristo, a nuestras obras y desempeño. Como consecuencia, el gozo de Cristo en nuestra vida poco a poco desaparece.

Nuestra labor para Dios solo puede fluir adecuadamente de una vida *con* Dios porque no podemos entregar lo que no tenemos. Hacer para Dios y estar con él de manera equitativa, es el único camino para tener un corazón limpio y en comunión con Dios.

7. EXCLUIR LA ESPIRITUALIDAD DEL CONFLICTO

Si bien a nadie le gusta tener conflictos, desafortunadamente los hay en todas partes como en las cortes, los lugares de trabajo, la escuela, el vecindario, el matrimonio, la crianza de los hijos, con amigos cercanos y también cuando alguien te dice o hace algo inapropiado.

La firme creencia que significa disimular las desavenencias o «poner un velo sobre ellas» para seguir a Jesús, continúa siendo uno de los mitos más destructivos que actualmente sobreviven dentro del cristianismo. Por esta razón organizaciones religiosas, pequeños grupos, ministerios, denominaciones y comunidades siguen sufriendo debido a los conflictos sin resolver.

Muy pocos de nosotros venimos de familias donde los conflictos se resuelven de una manera madura y sana. La mayoría enterramos nuestras tensiones y seguimos adelante. Cuando me convertí en cristiano, en mi propia familia yo era el gran «pacifista». Hacía lo que fuera necesario para que la unidad y el amor continuasen fluyendo tanto en la iglesia como en mi matrimonio y mi familia. Consideraba que el conflicto era algo que debía solucionarse lo más rápido posible. Al igual que los desechos radioactivos de una planta de energía nuclear, temía que si no me contenía podría desatar un daño terrible.

Entonces hice lo que la mayoría de los cristianos hace: mentí mucho a los demás y a mí mismo. ¿Qué haces cuando te enfrentas con la tensión y la confusión que ocasionan los desacuerdos? Algunos de nosotros podemos ser culpables de lo siguiente:

- Decirle una cosa a la persona en la cara y luego decir otra a sus espaldas.
- Hacer promesas que no tenemos intención de cumplir.
- Retirar el saludo a algunas personas.
- Culpar.
- Atacar.
- Volverse sarcástico.
- Ceder porque tenemos miedo de no agradar.
- «Filtrar» nuestra ira mandando un e-mail que contiene críticas no muy sutiles.
- No decir toda la verdad porque no soportamos herir los sentimientos de un amigo.
- Decir sí cuando lo que queremos decir es no.
- Eludir, apartarse y aislarse.
- Buscar a alguien de afuera con quien compartir y aliviar nuestras preocupaciones.

Jesús nos enseña que los cristianos sanos no evaden el conflicto. ¡SU vida estaba llena de conflictos! Constantemente tenía conflictos con líderes religiosos, las multitudes, los discípulos, incluso con su propia familia. En su deseo de traer paz verdadera, Jesús acabó con la falsa paz que había a su alrededor. Se negó a «excluir el conflicto» de la espiritualidad.

8. DISIMULAR LA ANGUSTIA, LA DEBILIDAD Y EL FRACASO

La presión de presentar una imagen fuerte y «unidos» espiritualmente, nos persigue a la mayoría de nosotros, Nos sentimos culpables de no estar a la altura, de no alcanzar el nivel necesario, Nos olvidamos que ninguno de nosotros es perfecto y que todos somos pecadores, También olvidamos que David, uno de los amigos más queridos de Dios, cometió adulterio con Betsabé y asesinó a su marido, ¡Y hablamos de escándalos! ¿Cuántos de nosotros quisiéramos borrar para siempre ciertos acontecimientos de los libros de historia para no deshonar el nombre de Dios?

David no lo hizo, ¡En cambio como rey usó su poder absoluto para asegurarse de que los detalles de su colosal fracaso se publicaran en los libros de historia para todas las generaciones futuras! De hecho, David escribió una canción sobre su fracaso para que se cantara en los servicios de culto de Israel y se publicara también en los manuales de culto, como son los salmos (Suponemos que primero le pidió permiso a Betsabé), David conocía «el sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido» (Salmo 51:17).

Otro de los grandes hombres de Dios, el apóstol Pablo, escribió sobre los ruegos que le hizo a Dios y a los que este no respondió y acerca de su «espinas en el cuerpo». Le agradeció a Dios por sus debilidades y les recuerda a los lectores que el poder de Cristo «se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12:7-10). ¿Cuántos cristianos conoces que harían esto hoy?

La Biblia no da vueltas sobre los defectos y debilidades de sus héroes.

Moisés era un asesino. La esposa de Oseas era prostituta. ¡Pedro le reprochó a Dios! Noé se emborrachó. Jonás era racista. Jacobo era mentiroso. Juan Marcos abandonó a Pablo. Elías ardió. Jeremías era depresivo y suicida. Tomás dudaba. Moisés tenía mal genio. Timoteo tenía llagas. Y todas las personas nos dan el mismo mensaje: Que cada ser humano en la tierra, a pesar de sus dones y fortaleza, es débil, vulnerable y depende de Dios y de otros.

Durante años observé a personas con grandes dotes desempeñarse de manera extraordinaria, ya sea en las artes, los deportes, el liderazgo, los negocios, las áreas académicas, la crianza de los hijos o la iglesia. Y me preguntaba si de algún modo no estaban tan angustiados como el resto de nosotros. Ahora sé que no. Todos, sin excepción, tenemos nuestros grandes defectos y angustias.

9. VIVIR SIN LIMITES

Me enseñaron que los buenos cristianos son serviciales, es decir ayudan a otras personas, ocupándose de ellas siempre. Supuestamente no podía decir que no a oportunidades o pedidos de ayuda, porque eso sería señal de egoísmo.

Algunos cristianos son egoístas porque creen en Dios y en Jesucristo, pero viven su vida como si Dios no existiera. No piensan ni les interesa amar o servir a otros que no sean sus familiares y amigos, lo cual es realmente preocupante.

Sin embargo, conocí otros cristianos que llevan consigo la culpabilidad de nunca haberlo hecho lo suficiente. «Pete, estuve dos horas escuchándolo por teléfono, pero no alcanzó», se quejaba hace poco un amigo. Esta culpa con frecuencia produce desaliento. Y este desaliento habitualmente hace que los cristianos rompan su compromiso y se aislen de las «personas necesitadas», porque no saben qué hacer.

El tema central aquí está relacionado con nuestros límites y nuestra humanidad. No somos Dios. No podemos servir a todos los necesitados porque somos humanos y cometemos errores. Cuando Pablo dijo, «todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13) el mensaje era el de aprender a estar satisfecho en cualquier situación.

La fuerza que recibió de Cristo no fue una fuerza para cambiar, negar ni desafiar sus circunstancias, sino fue la fuerza para estar satisfecho aun en medio de ellas, para entregarse a la buena voluntad de Dios por amor (véase Filipenses 4:11-13).

Jesús diseñó esto para nosotros los seres humanos -siendo él completamente Dios y completamente humano. Él no curó a cada persona enferma en Palestina. No resucitó a cada muerto. No alimentó a todos los mendigos hambrientos ni creó centros de trabajo para los pobres de Jerusalén.

Él no lo hizo, y nosotros no debemos sentirnos obligados a hacerlo. Y de alguna manera lo hacemos. ¿Por qué no nos ocupamos de nosotros como es debido? ¿Por qué tantos cristianos, junto con el resto de nuestra cultura, están tan desesperados, agotados, sobrecargados y apresurados?

Pocos cristianos establecen conexión entre el amor propio y el amor hacia los demás. Por desdicha, muchos piensan que ocuparse de ellos mismos es pecado, una «psicologización» del evangelio tomada de nuestra cultura egocéntrica. Yo pensé eso durante años.

Es verdad que somos llamados a considerar a los demás como superiores a nosotros mismos (Filipenses 2:3). Y también somos llamados a entregar nuestra vida por nuestros hermanos (véase 1 Juan 3:16). Pero recuerda, primero necesitas un «ser» para entregar.

Como dijo Parker Palmer, «el cuidado de uno mismo jamás es un acto egoísta; es simplemente la correcta administración del único don que tengo, el regalo que poseo para ofrecer a otros y por el que fui puesto en la tierra. En todo momento podemos escuchar al ser verdadero y cuidarlo como es necesario, no lo hacemos únicamente por nosotros, sino por los muchos otros cuyas vidas tocamos».

10. JUZGAR EL VIAJE ESPIRITUAL DE OTRAS PERSONAS

«El monje», dijo uno de los Padres del Desierto, «debe sucumbir a su prójimo y nunca juzgarlo en absoluto por ningún motivo». Y continuó diciendo: «Si estás ocupado con tus propios errores, no tienes tiempo de mirar aquellos de tu prójimo»

Me enseñaron que era mi responsabilidad marcarles el error y los pecados a las personas y aconsejar siempre a aquellas que están confundidas espiritualmente. Por eso, me sentía culpable si veía algo cuestionable y no hacía nada para señalarlo y mi culpabilidad aumentaba

cuando tenía que resolver el problema de alguien y debía admitir «no sé cómo» o «no sé qué decir». ¿No se me ordenaba que estuviera siempre preparado para responder a quien me pidiera razón de la esperanza que hay en mí? (véase 1 Pedro 3:15)

Por supuesto, muchos de nosotros no tenemos ningún problema en dar consejos ni en señalar el pecado; perdemos tanto tiempo en eso que terminamos engañándonos a nosotros mismos, pensando que tenemos mucho que dar y por lo tanto poco para recibir de los demás. Después de todo, nosotros somos los que tenemos razón ¿o no? Esto nos vuelve incapaces de recibir de las personas comunes y menos maduras que nosotros. Solo recibimos de expertos o profesionales.

Este ha sido siempre uno de los mayores peligros del cristianismo. Se convierte en «nosotros contra ellos». En tiempos de Jesús había un «grupo excluyente» superior de fariseos quienes obedecían las ordenes de Dios. Y un «grupo no excluyente» inferior de pecadores, recolectores de impuestos y prostitutas.

Con frecuencia convertimos nuestras diferencias en virtudes o superioridad moral. Por desdicha, lo veo muy a menudo. Juzgamos a las personas por su música (muy fuerte o muy alta) y por el largo de su cabello (demasiado corto o demasiado largo). Los categorizamos por vestirse o desvestirse, por las películas que miran y por los automóviles que compran. Creamos grupos interminables para calificar sutilmente a las personas:

- «Esos artistas y músicos son tan excéntricos».
- «Esos ingenieros son tan cerebrales. No tienen sentimientos. Son fríos como un pescado».
- «Los hombres son tontos y socialmente infantiles».
- «Las mujeres son excesivamente sensibles y emocionales».
- «Los ricos son consentidos consigo mismo y también son egoístas».
- «Los pobres son perezosos».

- -

Vivimos haciendo juicio de todo. Juzgamos a los presbiterianos por ser muy estructurados. A los pentecostales por su falta de estructura. A los episcopales por sus velas y sus oraciones escritas. Criticamos a los católicos romanos por su opinión de la cena del Señor y también a los católicos ortodoxos del mundo oriental por su extraña cultura y adoración por los ídolos. Al no dejar que las personas sean ellas mismas ante Dios y que se muevan a su propio ritmo, proyectamos inevitablemente sobre ellos nuestra disconformidad con su elección de llevar una vida diferente a la nuestra. Como consecuencia, terminamos eliminándolos de nuestras mentes dejando de lado el intento de lograr que se nos parezcan; y los abandonamos por completo o somos totalmente indiferentes con ellos con un «¿a quién le importa?». De alguna manera el silencio de la indiferencia puede ser más terrible que el odio.

Como dijo Jesús, a menos que saque primero la viga de mi propio ojo, sabiendo que tengo puntos ocultos importantes, soy peligroso. Debo ver el gran daño que el pecado ha hecho en cada parte de lo que soy -las emociones, el intelecto, el cuerpo, la voluntad y el espíritu- antes de intentar sacarle la astilla del ojo a mi hermano (véase Mateo 7:1-5).